

cima de su valor artístico, posean en la mayoría de los casos un hon- do interés biográfico, y de ahí que no haya nada tan interesante de coleccionar como las fotografías.

Pero fijémonos un poco en el modo de guardarlas y conservarlas. Mu- chos las guardan en un cajón; otros, los más cuidadosos, las guardan en un álbum.

Entre estos dos sistemas es natu- ral que nosotros demos la preferen- cia al segundo. Cuando las fotogra- fías se guardan sueltas, fácilmente se traspapelan, se pierden o se ajan. En cambio, cuando se pegan en un álbum, se manejan con facilidad y permanecen siempre en el orden en que uno las quiere co- locar.

Decimos que preferi- mos guardar las fotogra- fías en un álbum, tratán- dose, naturalmente, de positivas sacadas sobre papel; pero tratándose de cristales para linter- nas, hay que guardarlos en una caja.

El papel tiene, eviden- temente, sus ventajas: es ligero, flexible, inquebra- ble, fácil de guardar, fá- cil de enviar bajo sobre, etcétera; pero las fotogra- fías sacadas sobre cristal tienen sobre las sacadas en el papel la enorme ven- taja de poderse proyectar.

Indudablemente, un ál- bum ocupa menos lugar y pesa menos que una caja

llena de cristales para linterna; pero el placer de mostrar a los amigos y allegados las fotografías que uno ha hecho, pasando el álbum de mano en mano, no alcanza, ni de mucho, al placer de mostrarlas proyectán- dolas sobre una pantalla.

Cuando uno muestra su colección de fotografías a una sola persona, nada más fácil que sentarse al lado de ella, abrir el álbum y mostrarle y explicarle lo que sus páginas con- tienen. Esto de «explicarle» es im- portantísimo: muchas fotografías carecerían de interés sin la explica- ción, y sin ésta, por otra parte, dis-



PLÁTICAS DE VECINDAD